

Notas y documentos

HOMENAJE AL DOCTOR LUCAS SIERRA

La Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción dedicó un homenaje a la memoria del eminente profesor de la Escuela Médica de Santiago, recientemente fallecido. En aquella oportunidad pronunciaron los discursos que damos a continuación los doctores señores René Ríos e Ignacio González G.

Con profunda emoción me dirijo a Uds. para evocar la más grande figura de la Cirugía Chilena.

Emoción porque me ligaban al Prof. Sierra profundos lazos de afecto y porque es a sus enseñanzas, y a su ejemplo a los que deba yo una proporción considerable de la personalidad que pueda tener como cirujano, y emoción porque temo que mis palabras y mis conceptos, pese a mi intención, no alcancen a describir todo su valor y su grandeza.

Pero permitidme, antes de entrar en materia traer aquí un recuerdo:

1925.—Varios de los que aquí estamos reunidos, deliberábamos con quien seguir Clínica quirúrgica: si con Amunátegui, que era un buen profesor, o con Sierra, el «viejo Sierra» como lo llamábamos, el gran cirujano, el gran profesor, pero cuyo genio, se decía, no respetaba nada ni a nadie, desde el Jefe de Clínica hasta el último de los alumnos.

Mi cariño por la cirugía me acercaba a Sierra, pero induda-

blemente vacilaba ante lo que se decía de su carácter y de sus exigencias.

Felizmente no tuve que deliberar mucho: el consejo de un amigo que ya había hecho el curso y el retiro de Amunátegui, decidieron mi camino.

Recuerdo como si fuera hoy esa primera clase: las dos de la tarde de un día de abril; el enorme anfiteatro repleto de alumnos respetuosamente bulliciosos. En un momento se hace el silencio y aparece el Maestro rodeado de todo su personal.

Avanza con paso ágil: alto, fuerte, de mirada viva; lleva en la mano la lista de los alumnos; viste en mangas de camisa, una simple pechera.

Su mirada recorre el anfiteatro, cuya concurrencia siente el escalofrío de la elección, y dos alumnos hoy internistas distinguidos de esta ciudad, bajan a examinar al enfermo; y empieza la clase, esa clase que a primera vista parecía una cosa desarticulada, sin ilación, llena de citas, de axiomas, de alusiones a todas las demás ramas de la medicina y a otras ciencias, de citas históricas, de correcciones gramaticales y en que uno tenía la impresión de «ignorar en absoluto la patología», como el mismo decía.

Poco a poco fuimos perdiendo el miedo y asistimos con asiduidad a sus lecciones y a sus sesiones operatorias, otras clases, en que sus enseñanzas se prodigaban a manos llenas.

Pronto tuve el placer de que me distinguiera de entre mis compañeros y el privilegio de asistir a las clases desde el puesto de los Internos, a quienes ayudaba en los trabajos de la sala y en la administración de Anestesia.

Desde ese día de 1925 en que asistí a la primera lección de clínica del Prof. Sierra hasta ese último de marzo de 1930, en que partí a esta ciudad, fui el más asiduo asistente a la Clínica del Maestro. Hoy bendigo esa paciencia mía que me hizo avanzar paso a paso por el sendero de la cirugía, que me permitió ver mucho y conocer íntimamente la vida entre bastidores antes de

ser actor, antes de tomar el bisturí, que me permitió aprender de este hombre lo que él sabía dar con el ejemplo, con la palabra y que hoy, en mi experiencia diaria, me hace bendecir su memoria.

* * *

Nació el Dr. Sierra en 1866. Cursó sus estudios de Humanidades en el Seminario de Concepción e ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en 1883. A los 21 años, en 1887, recibía su título de Médico Cirujano.

De situación económica modestísima, para costearse sus estudios hubo de ingresar como inspector al Instituto Nacional.

En una ocasión, al hacer el recuerdo de su vida, dijo: «Aquel muchacho había recibido la más valiosa de todas las herencias: la salud, la rectitud de miras, tesón infatigable para el trabajo y por último otra herencia también de origen ancestral: la pobreza; ella representa el acicate más poderoso que estimule al hombre en este mundo, le abre horizontes infinitos».

En otra ocasión nos contaba como en pleno verano, bajo ese sol abrasador de Santiago, iba a pie para ahorrar el pasaje en tranvía, con abrigo, para que no se le viera lo raído de los pantalones, desde Independencia, en donde vivía, hasta la estación central, a buscar la modesta mesada que le enviara su padre, jefe de estación de Talcahuano, por intermedio de algún empleado de los FF. CC.

Como alumno de Medicina fué brillante, distinguiéndolo los profesores J. Joaquín Aguirre y Manuel Barros Borgoño con los primeros puestos en sus clases.

Su amor por la cirugía y el aprecio en que lo tenía su maestro lo hicieron, primero ayudante y después Jefe de Clínica de don Manuel Barros Borgoño, y por último, en 1903 su sucesor en la Cátedra de Clínica quirúrgica, cargo que ocupó hasta el día de su muerte.

En 1892 obtuvo por concurso, un viaje a Europa, en compañía de don Alejandro del Río y de don Otto Philippi.

En este viaje visitó los principales centros quirúrgicos europeos y se empapó en las nuevas ideas que por esos tiempos revolucionaban la cirugía.

Le tocó la suerte de presenciar el abrazo que con motivo del Jubileo de Pasteur, se daban en la Sorbona, este grande hombre y Lister.

En 1897 fué nombrado cirujano del Hospital San Borja y empieza para él esa carrera prodigiosa de luchas y de triunfos que iban a llevarlo a ocupar el más alto sitio de la Cirugía Chilena.

«Los primeros años de cirujano de hospital, escribía después, fueron, sin embargo, muy penosos. Las repetidas consultas con los colegas de más prestigio retardaban operaciones impostergables. Había que asumir por sí solo toda la responsabilidad de sus actos y hasta inventar procedimientos desusados o no descritos por los clásicos.

«La cirugía abdominal era mirada con recelo. Un fracaso daba lugar a los más amargos comentarios. Sólo por excepción se sabía de qué moría un enfermo, pues raras veces se practicaba una autopsia. A las 18 horas, se cerraba el establecimiento sin que fuera permitido que un médico permaneciera en el».

En 1903, después de una lucha encarnizada en que él no tomó parte, pero en que triunfaron sus méritos, fué nombrado Prof. de Clínica Quirúrgica, sucediendo a su maestro Barros Borgoño.

En 1913 se dirigió a Europa. Allí lo sorprendió la guerra y se enroló en la Sanidad militar francesa, sirviendo en las ambulancias con abnegación sin igual. A su regreso a Chile, el Gobierno francés lo condecoró con la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Por razones que no es del caso recordar, a su salida para el extranjero, dejó la Cátedra, de la cual estuvo alejado hasta

1917 en que a la muerte del Dr. Carvallo Elizalde fué nombrado para sucederle.

En 1922, acompañado de varios cirujanos más, de gran prestigio, fundó la Soc. de Cirugía de Chile; fué su primer presidente y gran animador hasta el fin de sus días.

En 1925, fué nombrado Director General de Sanidad, puesto desde el cual sirvió al país hasta 1927, con tesón y dedicación ejemplares.

Desde 1927 delante, se dedicó por entero a sus labores docentes. Hizo numerosos viajes al extranjero, ya para perfeccionar y aumentar sus conocimientos, ya para representar al país en Congresos médicos y científicos.

En 1928, con ocasión de sus bodas de plata en la Cátedra, fué festejado por sus alumnos y ex discípulos. Nunca a un hombre de ciencia o a un profesor se le habían tributado en vida, homenajes más grandiosos y sentidos.

El que habla era en ese tiempo Ayudante de la Clínica y pudo presenciar en las sesiones académicas, en los banquetes, en los paseos que se hicieron en su honor, la exteriorización del cariño sincero de todos los médicos de Chile, cuyos representantes concurrieron a Santiago en esa oportunidad a rendir tributo de reconocimiento al que había sido su maestro y que tan imborrables huellas dejara en el recuerdo de cada uno.

* * *

Alto, muy bien proporcionado, de aspecto fuerte, ágil, activo, de vista y oído privilegiados, el Prof. Sierra gozó hasta un mes antes de su muerte de una salud espléndida, a que él hacía siempre alusión y de un vigor físico e intelectual que nos permite decir que jamás fué viejo.

Su cabeza, que vemos destacarse en ese retrato con un ceño, duro no frecuente en él, era una hermosa cabeza. Sus ojos, de un

color verde café indefinido, eran de viveza muy particular y de mirada penetrante y bondadosa.

De vida metódica y costumbres austeras, no bebía ni fumaba; a las 8, el primero, llegaba al Hospital todos los días, haciendo gran parte del recorrido a pie y leyendo alguna revista médica o algún libro.

Sus grandes pasiones, las de toda su vida, fueron la cirugía y la enseñanza. Su gran pasatiempo, la lectura, el estudio.

Era un humanista educado y formado en aquella enseñanza humanística que era verdaderamente tal, de nuestros primeros institutos. De gran cultura general, porque era un estudioso, porque había viajado mucho y con los ojos muy abiertos y con gran afán por instruirse, era un «causeur» amenísimo ante cualquier auditorio.

Así como era sencilla y diáfana su vida, era natural y agradable en su modo de ser: jamás hizo «pose», jamás exigió para sí otras consideraciones que las elementales de la buena educación; su palabra llena de conocimientos en la clase, en las conversaciones mundanas, jamás tenía aprestos de cátedra, de dogma, pretensiones de erudición; jamás hablaba para oírse, jamás monopolizaba el uso de la palabra y aceptaba gustoso, aun más que eso, con visibles muestras de agrado, toda interrupción, toda pregunta, toda duda que satisfacía con esmerada solicitud.

Su gran pasatiempo, hemos dicho, era la lectura, leía de todo, pero en especial temas de medicina, de biología, de sociología, de higiene. Recibía revistas y publicaciones de todo el mundo que hurgaba con avidez.

De gran memoria y criterio, sabía extraer de sus lecturas la enjundia y retenía en forma prodigiosa citas, frases, cifras y nombres que después repetía ante los alumnos sin alarde erudito, sino para reforzar su razonamiento, para probar más aun las ideas, para «plasmalas» como él decía, en el cerebro de cada uno.

En sus numerosos viajes al extranjero se ponía en contacto

con los más reputados maestros del viejo y del nuevo mundo. Eran viajes de estudio en el más exacto sentido de la palabra, en que con dedicación ejemplar visitaba Clínicas, hospitales, museos; asistía a conferencias, etc., aprendiendo y aprovechando lo más que podía para vaciar a su vuelta todo este caudal, con derroche, ante sus alumnos y ante sus colegas.

No ambicionó jamás honores, dinero o posición social. Conocía demasiado el mundo y los hombres y había encontrado placeres más intensos y motivos más nobles para su vida.

Ocupó sólo los puestos para que fué llamado, sin negarse ante ningún sacrificio, y para servirlos con la dedicación y el tesón que ponía en todas las cosas. Nunca solicitó alguna situación y menos todavía se valió de influencias o de grupos para escalar alguna.

En una ocasión repitió ante mí una frase que sintetiza su modo de ser: «Hay hombres, señor, que sirven a la medicina y hay otros que se sirven de ella, yo he procurado ser siempre de los primeros».

A los 60 años fué llamado por la corriente renovadora que por esos años soplaba en el Ministerio de Higiene para ocupar el cargo de Director General de Sanidad, en virtud de su versación en esas materias, de su situación de gran prestigio entre el cuerpo médico y del interés que siempre había demostrado por la higiene, la profilaxis, la lucha anticancerosa. Fué con Mr. Long, que él contratara a nombre del Gobierno, el autor del plan más sabio y de la organización más eficaz de la salubridad en Chile. Sucumbió así como toda su obra y sus proyectos, a los avances de la politiquería o de los intereses creados.

Habiendo sido el cirujano de más prestigio y renombre en el país, lo sorprendió la muerte con una modestísima fortuna.

Siendo el hombre de mayor ascendiente y más respetado de la Facultad de Medicina de Santiago, jamás hizo política ni amparó a alguien que la hiciera, jamás formó grupo o camarilla.

Daba su voto o sostenía una tesis sin obedecer otros dictados que los de su conciencia y los de su razón.

No es, pues, sorprendente que conociéndolo, los intereses creados le hayan impedido ocupar en más de una ocasión cargos desde los cuales hubiera podido servir al país o a la enseñanza, poniendo a su servicio, como siempre, todos sus conocimientos y su entusiasmo.

Fué un luchador apasionado como el que más; triunfó muchas veces y otras conoció la derrota, y no sólo la derrota de manos de otro hombre luchador bien intencionado como él, sino la derrota infringida por la rutina y los intereses o la ignorancia, contra el que los va a destruir y también la derrota sin revancha, incommovible, que infringe la muerte al más hábil de los cirujanos, cuando le arrebatara un ser querido.

Alma bien templada, no lo envanecieron los triunfos, ni lo doblegaron los fracasos. Sintiendo las cosas hondamente como las puede sentir sólo quien actúa poniendo su alma entera en la acción, sabía sobreponerse a todo quebranto, a toda derrota sin que una gota de amargura o un rencor contra nada ni contra nadie ensuciara su alma, antes bien, extrayendo de ellos nuevas fuerzas para seguir luchando.

* * *

Pero por sobre todas las cosas, el Dr. Sierra tuvo dos pasiones que son el eje de su vida: la cirugía y la enseñanza.

Ambas ocupaban un primer plano en sus actividades; a ambas dedicó sus mejores esfuerzos, ambas se entrelazan en tal forma en su existencia y están de tal manera amalgamadas en su personalidad que son inseparables y no podríamos decir si primó en él el Maestro o el cirujano y no podremos analizar su vida desde una de estas actividades sin encontrarnos con la otra.

Sierra fué cirujano por temperamento y por vocación, y

fué maestro, porque su personalidad desbordante necesitaba de una actividad como la cátedra para realizarse plenamente.

Ninguna otra actividad que éstas se habrían avenido mejor con su dinamismo, con su energía, con su amor por sus semejantes, con su pasión por el estudio y la acción.

Amaba a la cirugía con pasión y le dedicó sus mejores energías, sin pedirle más, como retribución, que el placer supremo de hacer el bien, de devolver la salud. Para él nada era comparable con una mañana de actividad hospitalaria. Amaba también apasionadamente su cátedra, en la cual se daba íntegro a sus alumnos.

Es por esto que sus momentos más brillantes, aquellos en que su personalidad se desbordaba, en que su ser entero vibraba a la tensión del entusiasmo, eran aquellas mañanas de operaciones en su Pabellón del San Vicente: rodeado de alumnos, de internos o de médicos, desplegaba una actividad incesante, ya operando, ya comentando el «caso», ya disertando en forma improvisada acerca de cualquier hecho de patología, de higiene, de biología, que estuviera en relación con el enfermo.

Al Dr. Sierra se podrían aplicar perfectamente estas palabras de J. L. Faure:

«No hablemos sino con respeto de esta magnífica y santa cirugía. Amémosla como ella merece ser amada, porque nos hace mejores y porque ella es verdaderamente una grande y sublime inspiradora de trabajo, de energía moral, de bondad, de piedad para con los débiles y los desgraciados.

«¡La vida del cirujano es una hermosa vida!...

¡Y cuando llegue la hora de la muerte, ninguno puede con más calma y tranquilidad que él, dormirse en la noche suprema. Le basta oír la voz de su conciencia murmurarle a su alma apaciguada que ha hecho en este mundo más bien que mal, y que en esta tierra de alegrías y de miserias, sus manos ensangrentadas han aliviado más sufrimientos que los dolores que han causado».

* * *

Sierra formó su personalidad de cirujano al lado de Barros Borgoño.

—Este gran Maestro, con su recia personalidad y con su ejemplo, moldeó la de quien iba a sucederle en la cátedra a su muerte.

Pero no sólo había de ser esta una sucesión en la función docente: a la muerte de Barros Borgoño, Sierra tomó la antorcha del progreso científico que éste enarbolara con tanto brillo y se impuso el deber de continuar la obra de su maestro con el entusiasmo e interés de un discípulo reconocido.

«La muerte de mi maestro me sometió a dura y sostenida prueba: debí soportar la angustia del dolor máximo y simultáneamente reconocer la obligación de continuar su inmensa labor interrumpida.

«Todos mis afectos son la ofrenda que desde entonces entrego a su memoria y todas mis fuerzas son mi aporte a la consecución de su tarea».

Con estas hermosas frases henchidas de cariño y de reconocimiento se refirió a su Maestro con ocasión de sus bodas de plata en la cátedra en 1928.

Barros Borgoño fué el iniciador de la moderna cirugía en Chile.

El traje de Europa, en 1879, la cirugía antiséptica que aprendiera en las fuentes mismas de su creación junto a Pasteur, a Lister, a Lucas Championiere.

Fué desde su cátedra y ayudado de una falange de jóvenes discípulos que lo secundaron con devoción, y de entre los cuales se destacaba en primera línea, Sierra, que inició en este apartado rincón del mundo la difusión de las nuevas teorías que habrían de cambiar totalmente la faz de nuestra ciencia.

Barros Borgoño con su personalidad, con su gran versa-

ción científica, con su enorme acervo cultural, con su entusiasmo, y Francisco Puelma Tupper con su dinamismo, su clarividencia, su inteligencia sagaz, fueron los líderes de esta revolución científica en Chile, de esta revolución eminentemente pacífica que habría de hacer avanzar a la medicina en 25 años más que en los 25 siglos anteriores y que iba a permitir salvar más vidas que todas las destruidas por las guerras pretéritas.

Adquirida la asepsia—Pasteur, Lister, Terrillón, Terrier—la cirugía que hasta entonces estaba limitada a los miembros, tenía el tercer punto de apoyo que con la hemostasis—Pean, Pean, Lister—y con la anestesia—Simpson, Wells, Morton, Jackson, Long—le permitiría lanzarse con audacia creciente a la conquista de nuevos campos en donde ayudar la salud y aliviar el dolor.

Desde entonces acá la labor tesonera de los pionners de nuestra profesión ha ido destruyendo barrera tras barrera y los prodigios se han multiplicado: el peritoneo y sus vísceras; la pleura y el pulmón; el corazón, las meninges y el sistema nervioso, las glándulas endocrinas, los vasos, han caído uno tras otro a los avances de la cirugía en su lucha en favor de la humanidad enferma.

Si Barros Borgoño nos trajo la antisepsia, es decir, la primera etapa de esta revolución, fué a Sierra, su continuador, a quien le correspondió entrar de lleno en la segunda y sembrar los principios de la cirugía visceral que a su vez aprendiera en los centros europeos al lado de Pean, Terrillon, Bergman Trelat, Faure, Hartman, Quenu, Champonniere, Lister, Billroth, Czerny, Miculiks, Woelfler, Von Eislberg, Kocher, Treves, etc., y que difundió entre nosotros con constancia y tesón de apóstol desde la cátedra, desde la tribuna de la Sec. Médica de Chile o de la Soc. de Cirugía.

Fué él quien en 1898-99 practicó entre nosotros, por primera vez, una colecistectomía.

Fué él quien difundió los conceptos modernos en la patología y en el tratamiento de la apendicitis.

Lo mismo podríamos decir respecto de la cirugía del cáncer y de las úlceras digestivas, del bocio, etc.

No ha habido tema ó aspecto de la cirugía que no haya sido para él motivo de especial preocupación y estudio.

Sus lecciones y publicaciones llenarían volúmenes y han señalado rumbos en el desarrollo de nuestra ciencia.

Y a esta maestría intelectual no le iba en zaga la de su mano; su saber erudito y su juicio clínico iban acompañados de una maestría pocas veces alcanzada en la técnica operatoria: destreza y seguridad en los movimientos, hemostasia meticulosa que hacía sus campos operatorios exangües; delicadeza y cuidado en las maniobras, sobriedad, ponderación en los gestos.

Una operación de Sierra era una cosa perfecta, emocionante que daba la sensación de la más absoluta sencillez y al mismo tiempo de grandiosidad.

Bajo su mano firme y serena, la cirugía alcanzaba los más altos tonos de perfección.

Viéndolo operar se sentía la belleza de esta santa y bienhechora cirugía, que permite aliviar tantos dolores y enjugar tantas lágrimas.

Pero en una operación de Sierra no era sólo perfecta su técnica, lo era también todo lo que rodeaba: desde el ayudante primero hasta la última enfermera; desde el piso y las paredes inmaculadas aunque pobres, del pabellón, hasta el filo del bisturí que hendía la carne dolorida.

Esa perfección emanaba de su persona y se imponía sobre cuanto le rodeaba: necesitaba él de esta perfección, porque era un artista y porque sin ella no se cumplía plenamente esa suprema etapa de la lucha por una vida humana. Exigía él esa perfección de todos y de todo y la obtenía plenamente.

El equipo, la cooperación, adquirieron bajo Sierra su significado máximo.

Exigiéndose él más que ninguno, poniendo todas sus facultades al servicio de su labor, robándole como él lo hacía, horas al descanso, para perfeccionar su arte o para servir al hombre enfermo, no teniendo como meta sino el alivio de la humanidad dolorida, la lucha contra la enfermedad y la muerte, era natural que el profesor Sierra, exigiera de quienes lo secundaban, parecida dedicación.

«Cuando se trata de la vida de un hombre, nos repetía, arriégalo todo, incluso tu reputación».

Y otras veces, esta frase de su maestro Barros Borgoño: «No esté Ud. nunca satisfecho ni con Ud. mismo, ni con los demás; exígame Ud. más que nadie y exíjales a los otros, siempre más; sólo así puede haber progreso».

Esto lo hacía exigir de los alumnos estudio y más estudio; de sus ayudantes el máximo de eficiencia; de todo el personal a sus órdenes, el cumplimiento exacto, riguroso e inteligente de sus obligaciones.

Y cuando veía la flojera o el desinterés, o la torpeza, o cuando una negligencia dificultaba el armónico desarrollo de una operación, su carácter se sublevaba y castigaba al torpe o al negligente con la violencia que le era característica.

Era un aristócrata de la cirugía y esto que espíritus superficiales han señalado como uno de sus defectos, no era sino la consecuencia lógica de su saber, de su experiencia, de su vida misma y de su convicción de que la vida humana que es el objeto de la cirugía, debe estar protegida por la experiencia, el criterio y la destreza de quienes la tienen entre sus manos.

Era un aristócrata de la cirugía, porque quería hacerla cada vez mejor y más perfecta, porque creía que el cirujano debe ser el producto, no de la audacia o la improvisación más o menos afortunada, sino de un entrenamiento intelectual y manual, de un aprendizaje gradual y riguroso y por lo tanto lento.

Creía que el cirujano debía ser no sólo el artista del bisturí, sino que el clínico, el estudioso, que sabe tanto practicar bien una

operación, como indicaría, como justificaría y como desaconsejarla en el caso necesario.

Tres frases suyas sintetizan su pensar:

«El éxito no justifica la operación».

«Los verdaderos cirujanos son muy pocos, aun en las grandes ciudades; los operadores, innumerables».

Y esta otra, de Delbet:

«Hoy día opera cualquiera. Cuando el enfermo no se muere, se dice que ha mejorado. Esto no siempre es cierto».

Creía que esto se conseguiría sólo cuando una reforma de los estudios exigiera para el cirujano, además del título de médico, una práctica controlada de dos años al lado de un cirujano competente y reconocido.

* * *

El Dr. Sierra sucedió en la cátedra de Clínica Quirúrgica al profesor Barros, en 1903, es decir, a los 37 años de edad.

Su última clase fué al terminar el año universitario de 1936, tres meses antes de su muerte, es decir, a los 72 años. Y esta última clase, fué tan brillante como todas las que había hecho en su vida.

No faltaba jamás, y cuando desde 1913 hasta 1917, a raíz de ciertos incidentes quedó fuera de cátedra oficial, hacía una clase extraordinaria para los jóvenes que acudían a él.

Hacer clases era para él un placer infinito en que ponía su alma entera.

No otro móvil que enseñar, lo hizo ser el polemista y ensayista infatigable en las sociedades científicas.

Era profesor de Clínica Quirúrgica. Y no habría podido serlo de otra asignatura.

La inquietud, el dinamismo de Sierra, no le habrían permitido «pasar», una materia; eran incompatibles con una lección de corte académico, estereotipado.

En sus clases no disertaba sobre tal o cual tema, bajo el pretexto del enfermo.

Su objetivo era «hacer pensar anatómica y fisiológicamente al alumno», señalando los «hechos fundamentales de la patología, aquéllos que deben guiar su criterio».

Sus clases parecían desordenadas y caóticas; eran un calidoscopio por el que desfilan todas las ramas del saber humano, desde la anatomía hasta la historia; por el que desfilaban nombres, cifras, ejemplos, anécdotas, etc. Todo cuanto podía servir para ilustrar el conocimiento del caso clínico que allí estaba y para grabar en la mente de los alumnos los «hechos» que de él se desprendían.

Sólo un hombre con su gran versación y capacidad, podía hacer una clase así y con ese brillo.

Frutos de sus lecturas y de su gran experiencia, eran sus célebres frases, verdaderos axiomas, en que sintetizaba o gravaba el hecho patológico que quería señalar.

Muchas están grabadas en los cerebros de todos Uds. son ya proverbiales y serán recordadas, mientras existan en Chile cirujanos.

Así, él enseñaba a «pensar» a sus alumnos, moldeaba su criterio, inculcándoles enseñanzas indelebles que le permitirían desempeñarse después correctamente.

En 1903, en su lección inaugural, dijo: «No, me empeñaré de ninguna manera en formar cirujanos, porque éstos no se improvisan de la noche a la mañana, ni el público los acepta así; pero sí trataré de probar siempre, que todo médico está obligado a formar su criterio quirúrgico, a saber precisar las indicaciones de la operación, aun que no tenga las condiciones necesarias para practicarlas».

Su interés por la enseñanza médica lo hizo librar grandes batallas por su modernización, por la de sus programas y de sus moldes. Fué en éste, como en muchos otros aspectos de su vida, un revolucionario, un innovador.

La docencia médica chilena debe a su interés, mucha de la eficiencia de que hoy se enorgullece.

* * *

Pretensión vana sería de mi parte, tratar de describir en todos sus aspectos la vida del profesor Lucas Sierra.

Juan Marín, médico, novelista y poeta, que fuera también su discípulo y ayudante distinguido, la ha sintetizado en las siguientes hermosas frases:

«¿Cómo podríamos definir con un solo rasgo la personalidad del Dr. Sierra?

«Decir que fué el fundador de la cirugía de Chile, es una verdad auténtica y, sin embargo, no basta. Expresar que fué el renovador de la docencia médica, tampoco es suficiente. ¿Decir acaso que fué el más brillante de los cirujanos de su época y el más humanístico de los profesores que han pasado por nuestras aulas? ¡Qué exiguo y mezquino resulta todo esto frente al gran complejo de la personalidad de Sierra! El rompió arcaicos moldes y fué, por lo tanto, un reformador; derribó viejos ídolos y fué por ende, un revolucionario. Pero su enseñanza señaló normas y dió formas y conceptos que habrían a su vez de crear una tradición. En tal sentido debe considerársele un clásico.

«Fué el campeón de la higiene pública y de la medicina preventiva; pero catalogarlo como un gran higienista, es menoscarlo.

«Muchas operaciones quirúrgicas fueron practicadas por primera vez en nuestro país por sus manos expertas y hábiles; definirlo como un gran cirujano es, sin embargo, empequeñecerlo. El nos dió a conocer todo el glorioso pasado de las ciencias biológicas, mas no bastaría a su inmensa personalidad decir de él que ha sido un historiador de la medicina».

* * *

A mediados de febrero de este año, tuvimos el placer de visitarlo en su retiro de vacaciones, en San Carlos.

Era el mismo de siempre y nada hacía pensar que pocos días después iban a aparecer los primeros síntomas de la enfermedad que en menos de dos meses lo llevaría a la tumba.

Estuvimos conversando largamente: yo, refiriéndole mis trabajos y mis proyectos; él, contándome los suyos y el programa que pensaba realizar durante el año. Me refirió sus últimas luchas en pro de algunas reformas de los estudios médicos, sus ideas al respecto. Me preguntó interesado por cada uno de sus ex discípulos de Concepción y, por último, en tono de chanza, acerca de la construcción del Hospital Clínico de Concepción.

El había esperado y luchado durante 40 años por la construcción del Hospital Clínico de San Vicente de Paul, y sólo ahora, recién, antes de venirse de Santiago, cuando ya le quedaba poco tiempo en la cátedra, había podido asistir a la inauguración de la obra gruesa.

¡Por fin, las clínicas oficiales tendrían un buen servicio y por fin él tendría uno que mereciera tal nombre!

El destino había dispuesto que no llegara a inaugurar.

Pocos días después, sus familiares notaron que no hacía sus acostumbrados paseos por el campo y que no estudiaba con la dedicación de siempre. Eran los primeros síntomas de la enfermedad. Trasladado a Santiago, ésta siguió su curso inexorable y el 9 de abril, fallecía.

Se extinguía así la vida de este luchador formidable, que desde la modesta condición de un estudiante de provincia, había alcanzado la más alta cumbre en la consideración de todo el país.

Formó innumerables generaciones de médicos y a su lado bebieron la savia fecundante de su ejemplo, los más destacados valores de la cirugía chilena.

El destino que tronchó su vida, cuando, a pesar de los años, todavía se conservaba joven y vigoroso para dar mucha más, fué generoso con él, al ahorrarle los años tristes de la senectud, de un retiro que le habría sido insoportable, al hacerlo desaparecer, cuando todavía empuñaba la lanza en el combate.

Del dolor que su desaparecimiento produjo en toda la sociedad chilena, en especial en la familia médica, fueron testimonio sus imponentes funerales y el homenaje sentido que le tributaron las universidades, las sociedades científicas, el Gobierno y las colectividades médicas de todo el país.

A su memoria podemos aplicarle las siguientes palabras de Lord Moynihan, precisamente uno de sus maestros favoritos:

«Cuando se estudian los motivos que han impulsado los progresos de la medicina, comprobamos a cada paso el poder y la influencia de los grandes maestros. A esos hombres la posteridad los recuerda con gratitud, no tanto por el trabajo material que hayan ejecutado ni por lo que su inteligencia haya creado o modificado, ni por lo que hayan escrito, que bien pronto no llega a tener más interés que el de un anticuario; ni por sus conferencias que en un momento dado pueden hacer vibrar los impulsos del corazón, estimulando el pensamiento o impulsándolo a la realización de grandes acciones, pero que aparecen no obstante a la mañana siguiente frías, frágiles y sin vida.

«No se les recuerda por nada de eso, sino por el legado espiritual que dejan a los que han entrenado en sus propios métodos y cuyo celo han despertado.

Esto es lo que asegura la vida en la posteridad, la verdadera inmortalidad».

Y también estos hermosos versos de Longfellow:

«...when a great man dies
for years beyond our ken
the light he leaves behind him lies
upon the paths of men».

El legado espiritual de Sierra es enorme y valiosísimo. Lo reciben todos los médicos de Chile.

La luz que irradia su personalidad guiará el sendero de las generaciones actuales y futuras.

El mejor tributo que podemos pagar a su memoria sacrosanta, será el esforzarnos por seguir su luz...

DR. IGNACIO D. GONZÁLEZ GINOUVES

Concepción, julio de 1937.

No os hemos invitado, señores, a oír una lección, o una conferencia, ni mucho menos a presenciar una demostración quirúrgica; hemos solicitado vuestra presencia a un acto sencillo, solemne y evocador con que la Clínica Quirúrgica de esta Universidad ha querido honrar la memoria del más prestigioso de nuestros cirujanos, hombre de ciencia, infatigable, ciudadano ilustre, Dr. Lucas Sierra Mendoza, cuyo fallecimiento ocurrido en abril del presente año, ha constituido una pérdida nacional.

El luto ha cubierto una de las páginas de nuestro libro de trabajos y en medio de las tareas cotidianas nos hemos detenido un momento para meditar en el pasado y traer a la memoria los recuerdos de nuestra vida de estudiante universitario, iniciada en los primeros años del siglo que vamos recorriendo.

Parece que fué ayer...

A nuestra memoria vienen los nombres de Federico Phillippi, Emilio Petit, Juan B. Miranda, José María Anrique, Vicente Izquierdo, Adeodato García Valenzuela, Carlos Ibar, Roberto del Río, Augusto Orrego Luco, Octavio Maira, Isaac Ugarte Gutiérrez, Ventura Carvallo Elizalde, Manuel Barros Borgoño, Daniel García Guerrero y Lucas Sierra Mendoza, para no citar más que a los que ya no existen y que por este mismo motivo

sus nombres vienen más pronto a nuestro recuerdo, y la figuración de cada uno de ellos se proyecta en nuestra imaginación cada día más imperecedera y nos parece más agigantada.

Lucas Sierra Mendoza fué hijo de estas tierras penquistas; nacido en un hogar modesto, pero muy respetable, desde su niñez demostró un don especial de amor por el trabajo, y afán de perfeccionamiento y superación a sí mismo, cualidades con que suelen estar arropados ciertos espíritus seleccionados y que caracterizaron toda la vida del profesor Sierra.

Alumno distinguido del Seminario Conciliar de esta ciudad, donde hizo sus estudios humanísticos, con bastantes sacrificios pecuniarios, su familia pudo enviarlo a continuar sus estudios a Santiago, donde ingresó al Instituto Nacional. Luego se destacó el joven provinciano como el alumno más aventajado de los cursos, haciéndose pronto acreedor a distinciones y prebendas que le proporcionaron la oportunidad de permanecer en la capital y seguir los estudios de Medicina.

En esta escuela se destaca, desde luego, entre el alumnado de los diversos cursos, y logra llegar al término de su carrera y obtener su título de Médico Cirujano después de brillantes pruebas, que le merecieron un viaje al extranjero a perfeccionar sus conocimientos de Cirugía, rama de la medicina por la cual tuvo especial predilección.

La figura nacional más eminente de fines del siglo pasado y profesor de Clínica Quirúrgica de la Universidad de Chile, Dr. Manuel Barros Borgoño, le llamó a colaborar en ella, en el carácter de jefe o primer ayudante, puesto que sirvió hasta el fallecimiento del profesor.

Y aquí deseo, señores, abrir un paréntesis para relatarles un hecho que me permitió conocer personalmente al profesor Sierra, y por el cual Uds. podrán darse cuenta del espíritu de laboriosidad, dinamismo y estudio que evidenció toda su vida, desde el comienzo de sus estudios de humanidades en esta ciudad, que ya he mencionado, hasta pocos momentos antes de su muerte.

En una de las salas de la Escuela de Medicina de Santiago, donde se profesaba la asignatura de Cirugía General, allá en el año primero del siglo que estamos viviendo; en las horas en que esa sala estaba libre, era muy frecuente, que los candidatos a rendir las pruebas para obtener el doctorado, hicieran una práctica quirúrgica de las operaciones clásicas y regladas que se exigían, en el cadáver como examen previo para poder continuar en las demás pruebas.

En las mañanas hermosas y frías del invierno, solíamos ir muy temprano, antes que abrieran las puertas de la escuela, a fin de ser de los primeros en la repartición y conseguir así las mejores piezas para nuestras preparaciones de anatomía. Cuando estas faltaban o no eran de nuestro agrado, solíamos conseguirlas de las sobrantes que no utilizaban los candidatos al doctorado.

Muy a menudo y muy de mañana solía ir un joven de alta estatura, de barba nazarena, negra, de cabellera poco poblada y siempre correctamente vestido a la misma usanza: con vestón negro cruzado, de fino paño de mortagnac y pantalón de fantasía. Allí se encerraba toda la mañana a trabajar.

En una ocasión en que la puerta de la sala había quedado abierta, y con los deseos de conseguirle el sobrante de piezas para mi disección, me deslicé hasta donde trabajaba el presunto candidato al doctorado.

Largo rato estuve contemplando su práctica. Disecaba los músculos del cuello y parecía empeñarse en la búsqueda de los vasos sanguíneos y relaciones nerviosas de la región.

Me pareció al principio que no podía lograr lo que deseaba, más bien por falta de un ayudante que le secundara en sus propósitos, que por falta de conocimiento de la anatomía de la región.

Me ofrecí como tal; mi oferta no tuvo aceptación ni mereció una respuesta benévola, ni una excusa. Siguió trabajando.

Permanecí allí hasta que me di cuenta que trataba de poner al descubierto las arterias tiroideas para sus ligaduras.

Cuando lo hubo conseguido se enderezó, me miró por primera vez y se limitó a decirme:

«Señor, la anatomía se aprende únicamente en el cadáver. « Ud. tiene ahora los conocimientos frescos, como los tuve yo « cuando la estudiaba. Esto se olvida mucho, señor, cuando no « estamos repasando, de esta manera, la disección que hacíamos, « cuando comenzamos a estudiar la anatomía en el cadáver».

El toque de la campana, que indicaba la entrada a clase, me vino a salvar de aquella situación que para mí comenzaba a ser molesta, pues mi interlocutor decía estas palabras con una seriedad y tono de voz que me parecieron muy poco amables y no me daban ánimo de continuar allí, ni mucho menos de solicitarle lo que me había propuesto al entrar a la sala.

Me retiré rápidamente para contarle a un compañero lo que me había ocurrido y fué sorpresa grande, cuando se me informó que aquél que yo había tomado por candidato al examen final era el Dr. Lucas Sierra, jefe de la Clínica del profesor Manuel Barros Borgoño.

Así conocí al que tres años después iba a ser el sucesor del más ilustre clínico de figuración panamericana y cirujano de renombre mundial.

La muerte sorprendió a don Manuel Barros Borgoño en el auge de su vida profesional, siendo Rector de la Universidad de Chile y después de haber dado término con éxito brillante y hasta ahora no superado, al primer Congreso Médico Latino sudamericano celebrado en Santiago en 1902.

Le cupo al Dr. Lucas Sierra la misión de despedir sus restos mortales desde la puerta del Hospital de San Vicente, cuando el cortejo fúnebre, camino del cementerio, en una tarde de otoño, se detenía para oír el postrer saludo del más apreciado de sus colaboradores.

Al año siguiente, le sucedía en la cátedra de la Clínica Quirúrgica, iniciando su primer curso: 1903-1904.

Me cupo la suerte de pertenecer a este ciclo.

Su clase inaugural fué sencilla y concisa, limitándose en casi toda ella a hacer el elogio de su ilustre antecesor. Recuerdo que en uno de los pasajes de su discurso dijo: «La tarea que me he impuesto, señores, es enorme. Es tanta la responsabilidad que asumo al hacerme cargo de esta clínica que, por el momento, no veo modo de hacerme digno de mi ilustre antecesor».

Para terminar agregó estas palabras:

«Para honrar la memoria del más eminente de nuestros clínicos y el más hábil de nuestros cirujanos vamos a designar, en adelante, con el nombre de «Pabellón Manuel Barros Borgoño a este anfiteatro».

Una modesta placa de mármol fué colocada a la entrada principal de la sala.

Alternativas posteriores, que no es del caso recordar, motivaron el cambio de la cátedra al segundo anfiteatro del curso paralelo de Clínica y de este modo el profesor Sierra tuvo que abandonar el Pabellón Manuel Barros Borgoño.

Desde los primeros años, la clínica del profesor Sierra se distinguió siempre por el trabajo disciplinado que, desde el primer momento, supo imprimirle.

Eficazmente secundado por sus dos primeros ayudantes doctores Julio Valdés Barros y Marcos Donoso, el anfiteatro «Barros Borgoño» fué el punto de atracción, de los estudiantes recién egresados, profesionales de Santiago y provincias que se daban allí cita para oír las lecciones y presenciar las operaciones. Sierra fué uno de los creadores de los cursos de repetición para médicos que tenían lugar todos los años en las vacaciones de septiembre.

Su servicio de Cirugía del Salvador estaba también abierto y a disposición de todos los que se interesaban por la práctica quirúrgica, encontrando allí posibilidades de trabajo variado, de investigaciones al lado del profesor y de sus ayudantes, cuyos trabajos empezaban invariablemente a las ocho de la mañana.

Sierra fué el que dió a conocer en Chile la cirugía de la

vesícula biliar y vulgarizó las operaciones sobre el apéndice. Esta última enfermedad que, hasta fines del siglo pasado había sido conocida merced a las magistrales lecciones del profesor Georges Dieulafoy, en su clínica médica del Hotel Dieu no había pasado al dominio del cirujano, sino hasta que la operación del rey Eduardo VII de Inglaterra vulgarizó este tratamiento quirúrgico de la apendicitis por todo el orbe.

En el servicio del profesor Sierra se efectuó con éxito, la primera operación de *colecistectomía* hecha en el país.

El profesor Sierra fué gran amigo y admirador de la Universidad de Concepción, tuvo siempre marcada deferencia para con los alumnos que llegaban hasta sus clases a continuar el curso de clínica que aquí iniciaron. Más de una vez concurrió a las invitaciones que la Extensión Cultural le hiciera para dictar conferencias sobre temas, aun fuera de su especialidad.

Del mismo modo, solía acudir al llamado de sus colegas del profesorado para dictar lecciones sobre actualidades científicas, acompañándolas con demostraciones quirúrgicas en el anfiteatro de nuestra clínica.

La Sociedad Médica de Concepción le contó entre sus colaboradores. Mantuvo siempre estrecho contacto espiritual con todos los colegas penquistas, la mayoría de los cuales habíamos sido sus discípulos. Recordemos esas embajadas en que el profesor acompañado de la mayoría de sus colaboradores, abandonando sus múltiples preocupaciones diarias de la capital, se daba cita entre nosotros para dictar conferencias, charlas y demostraciones prácticas, participándonos, de este modo, las últimas novedades traídas del extranjero en sus repetidas visitas por las clínicas europeas y norteamericanas.

Esta Sociedad Médica le había distinguido, nombrándolo su Presidente Honorario.

Sería tarea larga el seguir enumerando la labor científica del profesor Sierra, en el curso de más de cuarenta años de actividad profesional y treinta y seis de profesorado; del mismo modo,

detallar la serie de publicaciones hechas en los periódicos de medicina y en la prensa diaria; o sus servicios prestados como representante de nuestro país en las conferencias y congresos internacionales; y para terminar es necesario recordar que él fué el principal propulsor de nuestra Organización Sanitaria que culminó con la dictación del Código Sanitario, colaborando con el higienista Americano Dr. Long.

* * *

Nosotros hemos querido honrar la memoria del profesor Lucas Sierra, colocando su retrato en la parte más visible de este anfiteatro. Hemos querido tributar al Maestro esta sencilla, pero muy sentida ofrenda de cariño, gratitud y admiración hacia la primera figura de la medicina chilena del primer tercio del siglo que recorrimos.

Desde ese sitio, él presidirá siempre nuestras labores cotidianas. Su imagen será para nosotros como esas láminas murales, o las proyecciones sobre la sábana blanca que son evocadoras y sabias como el libro mismo.

Esa cartulina que refleja la figura del Maestro Sierra, luciendo en su pecho la insignia de la Legión de Honor con que le distinguiera el Gobierno de Francia, será como un escapulario de promesas infinitas.

Para Uds., jóvenes de esta Universidad, será el guía que os pueda conducir aún mucho más lejos adonde él llegó.

Las posibilidades están abiertas para todos por igual y el lema es: «Por el desarrollo libre del espíritu».

He dicho.

DR. RENÉ RÍOS G.
